



Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo Nº 155

21 de marzo de 2010

ISSN 1989-4988

[Revista](#)

[Índice de Autores](#)

[Claseshistoria.com](#)

MARÍA ROSA LIARTE ALCAINE

El mecenazgo de Al-Hakam II

RESUMEN

El califato había fomentado precisamente que se agruparan en Córdoba gran número de obras, de literatos y de sabios, que hicieron de la ciudad el mayor centro de cultura en el Occidente mediterráneo. Conocemos el mecenazgo particularmente activo de al-Hakam II, cuando todavía era príncipe heredero a partir del 940 y después como califa. Empleó los inmensos medios de los que disponía para constituir una biblioteca considerable que comprendía decenas de miles de obras, algunos autores hablando de hasta 400.000 volúmenes.

PALABRAS CLAVE

Abu Ali al-kali, Ibn Daría al-Qastali, Sancho el Grande, Tuyibíes,

María Rosa Liarte Alcaine

Licenciada en Historia por la Universidad de Málaga

rosaliarte@gmail.com

Claseshistoria.com

21/03/2010

El califato había fomentado precisamente que se agruparan en Córdoba gran número de obras, de literatos y de sabios, que hicieron de la ciudad el mayor centro de cultura en el Occidente mediterráneo. Conocemos el mecenazgo particularmente activo de al-Hakam II, cuando todavía era príncipe heredero a partir del 940 y después como califa. Empleó los inmensos medios de los que disponía para constituir una biblioteca considerable que comprendía decenas de miles de obras, algunos autores hablando de hasta 400.000 volúmenes. El califa mandaba buscar las obras en todo el mundo y se dice por ejemplo que envió a un mensajero especial a Iraq encargado de comprar de Abu l-Faray al-Asfahani, por mil dinares, una copia de su obra *El libro de las canciones* que acababa de escribir y que apenas se había difundido en Oriente. Hay que destacar que este centro no era el único de su género en Córdoba aunque, evidentemente, ninguna otra biblioteca gozaba de esta amplitud. Según Ibn Bashkuwal, autor del siglo XII, el cadí Abd al-Rahman b. Futays habría tenido a su servicio a seis escribas que se dedicaban a copiar manuscritos. Su biblioteca se habría vendido tras su muerte por unos 40.000 dinares.

Por otro lado, al-Hakam atrajo sistemáticamente en su capital a gran número de sabios y letrados orientales. Así Abu Ali al-Kali, célebre filólogo de origen armenio, que había estudiado en Bagdad durante un cuarto de siglo, se instaló en al-Andalus desde el año 941. Rodeado de los mayores honores, renovó la enseñanza de la filosofía árabe, dedicó algunas obras a al-Nasir y hasta su muerte en el 967, formó discípulos entre los cuales destacará el sevillano al-Zubaydi, escogido posteriormente por al-Hakam II como preceptor del futuro califa Hisham II. Algunos letrados llegaron también del Magreb entre los cuales el qairawaní al Jushani, que nos dejó uno de los textos más interesantes para el conocimiento de la civilización de al-Andalus durante la época del emirato y del califato, titulado *Historia de los cadíes de Córdoba*.

La concentración de tales medios permitió que se desarrollaran rápidamente, en una metrópoli inmensa para la época, todas las ciencias practicadas entonces en l

mundo musulmán. Aparte del florecimiento de los tratados de las ciencias jurídico-religiosas y de la filología, hay que subrayar en particular la redacción de una serie importante de obras históricas que contrariamente a la obra literaria de Ibn Rabihi, fueron la base de una historiografía propiamente andalusí. Aunque esta historiografía se interesaba esencialmente por las tradiciones relativas a la historia local, se trataba de una historia árabe que debía poco a las eventuales influencias hispánicas. Esto no excluye la utilización de datos proporcionados por algunas traducciones de obras latinas en España, pero semejante transmisión de las a la historia local, trataba en el fondo de transmitir una historia árabe que debía poco a las eventuales *inras latinasy a las influencias hispánicas*. Destacó en esta tarea, sobre todo, Ahmad al-Razi (muerto en el 955), autor de un conjunto de obras históricas y geográficas, entre las cuales destaca su *Descripción de España*, muy utilizada por los autores posteriores, de la que sólo se han conservado traducciones tardías en castellano y portugués. Hay que mencionar también al hijo de éste, Isa al-Razi, cuya obra *Anales palatinos* solo conservamos a través de la obra de Ibn-Hayyam, el gran historiador del siglo XI, que hizo gran uso de ella. Dentro del género histórico hay que englobar la obra de Ibn al-Faradi, *Historia de los sabios de al-Andalus*, repertorio de letrados y sobre todo de doctores en las ciencias jurídico-religiosas, que tuvo gran influencia en la evolución de la historiografía posterior y sirvió de modelo para los posteriores autores de los diccionarios bio-bibliográficos.

Sobre todo al final del califato, la literatura andalusí, formada por maestros orientales en un contexto a la vez urbano y cortesano, comparable al de Bagdad en su época de mayor desarrollo, y levantada gracias a la clara ambición de los omeyas de recrear alrededor de ellos un universo intelectual digno de su prestigioso antecedente iraquí, alcanzó el nivel anhelado, se mantuvo en él y hasta lo rebasó en la época de las taifas. El mayor poeta de la época era Ibn Daría al-Qastali (958-1030), que empezó su carrera como poeta oficial en el 992, al servicio de al-Mansur, la prosiguió con su hijo al-Muzaffar y la terminó, desplazándose entre las cortes de los emires de taifas en trance de formación de Ceuta, Almería, Valencia, Tortosa y Zaragoza. Se le ha comparado con frecuencia a al-Mutanabbi (muerto en el 956), el gran poeta de la corte del Madani Sayf al-Dawla de Aleppo, que escribía en un contexto histórico comparable con el al-Andalus amiri y a quien al Qastalli tomó el modelo. En la síntesis sobre literatura elaborada para el reciente volumen de la *Historia de España* de Menéndez Pidal sobre las taifas. Teresa Gárrulo escribe sobre Ibn Dari que *sin saber como al-*

Mutanabbi, sus poemas alcanzan un nivel de perfección formal y conceptual que, junto con su presencia en antologías orientales de la época, nos indica que se ha producido ya una asimilación absoluta de la última poesía árabe.

La misma autora añade, sin embargo, que Ibn Daría utilizó un género poético de forma más personal que sus antecesores. Considerando las observaciones de Blachère y de Monroe encuentra en su poesía una especie de falta de discreción, poco usual entre los autores árabes que le llevó a interesarse notablemente por los lazos familiares y por los sentimientos que los acompañan. Garulo escribe que *es posible que detrás de esta falta de discreción se pueda ver un reflejo de la posición de la mujer entre los beréberes, así como un rasgo de su psicología, pues parecen mucho menos reticentes que los árabes a hablar de las mujeres de la familia, como puede observarse leyendo las Memorias de Abd Allah*. Me parece que hace algunos años, antes de que se produjera una cierta *revalidación*, algo polémica, de la presencia beréber en al-Andalus, no se habría formulado nunca una hipótesis de este tipo.

El que la literatura andalusí tomara en consideración la psicología de la mujer y los sentimientos amorosos masculinos *mas refinados* que los que había expresado la poesía árabe oriental, incluso la de tipo *cortesano*, durante mucho tiempo se ha atribuido a las influencias occidentales en la civilización de la España musulmana. A este respecto, sólo podemos recordar los debates que tuvieron lugar entorno a estos problemas y remitirnos a la interesante colaboración de Teresa Garulo en la Historia de España de Menéndez Pidal que hemos mencionado. En ella encontramos excelentes puntualizaciones tanto sobre el *Collar de la Paloma* de Ibn Hazm, redactado antes de la caída del califato como sobre las poesías estróficas o *muwashahat*, que han hecho correr mucha tinta y que se deben tomar en cuenta en este debate.

EL CULTIVO DE LA CIENCIA

En el campo científico, el siglo X puso las bases de una tradición andalusí muy inspirada en las aportaciones orientales pero que será capaz de desarrollarse de forma original en la época de las taifas. La época del emirato y los primeros tiempos del califato no habían brillado nunca por el nivel de su cultura científica. Aquí también nos tenemos que remitir a la reciente síntesis redactada por Juan Vernet y Julio Samsó en el tomo sobre las taifas de la *Historia de España* que acabamos de

mencionar. Los autores subrayan la pobreza de la cultura científica en al-Andalus anterior a mediados del siglo X. La medicina, por ejemplo, no se cultivaba más que de forma empírica por practicantes mozárabes y judíos y por algunos orientales. El impulso decisivo en los estudios médicos se dio hacia mediados del siglo X cuando un grupo de sabios de Córdoba se dedicó a traducir al árabe con la ayuda de un monje bizantino, la obra de Dioscórides, *De materia médica*, que fue un regalo de Constantino Porfirogenera al califa de Córdoba. Esto provocó una viva emulación en los estudios médicos, farmacológicos y botánicos. Varios especialistas se formaron entonces en torno a esta tradición griega, a la que se asoció la lectura directa de las obras de medicina científica árabe llegadas de Oriente. El más célebre de los médicos del final del califato fue Abu al-Qasim Jaf al-Zahrawi, que los occidentales llamaron Abulcasis, que murió en el 1013, legando a la posteridad una voluminosa enciclopedia quirúrgica.

Abulcasis es conocido por sus ideas originales en cirugía así como por su famosa Enciclopedia Médica llamada Al-Tasrif que consta de treinta volúmenes que cubren temas variados de la ciencia médica. La parte más importante de esta obra son tres libros sobre cirugía, los que describen en detalle varios aspectos de los tratamientos quirúrgicos, basados en las operaciones que él realizó.

En la edad media fue traducido al latín y se hicieron varias ediciones de su obra, donde exponía instrumental inventado por él mismo para examinar el oído, la uretra y la garganta. Llegó a dominar la cauterización, lo que lo ayudó en operaciones. En su obra también discute la preparación de varias medicinas. Él fue el primero en describir la hemofilia y su origen familiar. También fue un dentista experto y describe en su libro varios procedimientos dentales, la forma de alinear dientes, y una técnica para preparar piezas de reemplazo y para insertarlas, que él mismo desarrolló.

Su obra influyó al mundo médico por más de cinco siglos. Los estudiantes y pacientes llegaban a Al-Zahra a buscar el conocimiento a su lado, convirtiendo a Córdoba en la sede de la cirugía mundial.

En su libro también expresa opiniones sobre sus estudiantes a los que llama sus hijos. Hace énfasis en la relación del médico con el paciente, independientemente del nivel social. Él tuvo una visión muy amplia, promovió la observación individual de cada caso para establecer el diagnóstico más preciso y poder así dar el mejor

tratamiento. Insistía en la importancia de la ética profesional y advertía sobre prácticas dudosas adoptadas por algunos médicos y sobre la charlatanería de otros. Su obra contiene varias observaciones sobre la crianza de niños y jóvenes y sobre el cuidado de los ancianos y convalecientes. También habla sobre medicamentos, y sobre pesos y medidas de las personas. Hay cerca de 200 dibujos que van desde un depresor lingual y un extractor de dientes hasta un catéter.

Escribió sobre heridas a huesos y articulaciones. Por ejemplo describe cómo reducir un hombro dislocado con el método de Kocher, siglos antes que naciera Kocher. Fue el primero en describir la posición obstétrica de Walcher y la ligadura de vasos sanguíneos, mucho antes que Ambroise Pare. Su obra tuvo una tremenda influencia en el mundo occidental. El italiano Pietro Argallata el siglo XV lo menciona así: “sin lugar a dudas, el jefe de todos los cirujanos”.

En todos estos campos de la ciencia, las bases del desarrollo ulterior en la época de las taifas se implantaron a finales del califato, gracias a la dispersión de los sabios formados en Córdoba por las cortes de los soberanos del siglo XI. Esto aparece claramente en las matemáticas cuyo representante más brillante de la primera generación de sabios andalusíes fue Abu al-Qasim Maslama al-Mayriti, el *Euclides de al-Andalus*, originario de Madrid como indica su *nisba*, muerto en Córdoba en el 1008. Tuvo numerosos discípulos la mayor parte de los cuales se separaron durante la *fitna*: Ibn al Samh (muerto en 1035), autor de tablas astronómicas y de una *Introducción a la geometría*, se instaló en Granada; Ibn al-Saffar (muerto en 1035), autor de un tratado sobre el empleo del astrolabio y de varias obras de ciencias naturales, residió en Denia; al-Kirmaní (muerto en 1066), un poco más joven, se instaló en Zaragoza después de haber estudiado en Oriente. Así surgieron varios focos científicos, en los que las matemáticas fue sólo una de las ciencias practicadas por los sabios versados en múltiples disciplinas. A al-Kirmaní se debe, por ejemplo, la introducción en Zaragoza de una de las obras de mayor importancia en la tendencia shii ismaili titulada *Enciclopedia de los hermanos de la Pureza (Rasa il ijwan al-safa)*, que se considera como la base del movimiento filosófico andalusí que, a través de Ibn Baya, condujo al pensamiento de Ibn Rushd (Averroes).

No se sabe, creo, en qué momento al-Kirmani introdujo a España desde Oriente los *Ijwan al-Safa*, obra algo heterodoxa, que no habría tenido la misma influencia en el universo ideológicamente más unitario que reinó durante la época de apogeo del califato. La efervescencia intelectual que acompañó la crisis y la desaparición del califato, y que se prolongó durante los decenios siguientes fue considerable. No podemos entrar en una enumeración de sabios que, en todos los campos -a la cabeza de los cuales hay que destacar, por supuesto, las ciencias tradicionales de la religión, del derecho y de la filología- ilustran los últimos decenios del califato y la crisis de los años 1099-1031.

CONCLUSIÓN

Ciertos hechos culturales que se han mencionado en el último capítulo, como el comienzo del movimiento filosófico que convirtió al-Andalus en la última reserva árabe de la filosofía aristotélica -acontecimiento fundamental en la cultura de Occidente- rebasan cronológicamente los límites de este volumen ya que son posteriores a la desaparición del califato de Córdoba en el 1031. Por tanto y al contrario de lo que se podría pensar, la caída de éste no marcó el final del movimiento de civilización engendrado por la concentración en al-Andalus y con más precisión en la megalópolis cordobesa, bajo los auspicios del califato y de sus pretensiones universalistas, de un capital científico considerable, importado en su esencia de Oriente pero desarrollado brillantemente por los andalusíes. La explosión del núcleo cordobés y la dispersión de sus sabios y de sus libros parecen, al contrario, haber favorecido el empuje intelectual andalusí al multiplicar los focos del saber y al suscitar entre los soberanos una gran emulación en el mecenazgo literario y científico.

El sistema político que consagró la abolición de hecho del califato por los notables cordobeses y por su jefe Abu al-Ahzm b. Yahwar, ha sido juzgado de formas muy diferentes. La responsabilidad del debilitamiento de al-Andalus frente a la creciente amenaza cristiana en el XI se atribuye con frecuencia a la fragmentación del poder que se instaura entonces. Sin entrar en el estudio del periodo que será el objeto del volumen siguiente, observaremos simplemente que tal visión de las cosas sería probablemente demasiado simplista e intentaremos demostrarlo partiendo de un

ejemplo concreto. Casi al mismo tiempo asistimos a la instauración de dos reinos vecinos de un lado y otro de la frontera entre musulmanes y cristianos en la zona noroccidental de la Península. Al norte, en los estrechos y pobres valles pirenaicos, la muy modesta entidad político-administrativa que constituía el núcleo del condado de Aragón se transformó en reinado cuando a muerte de Sancho el Grande de Navarra (1035) uno de sus hijos, Ramiro, lo recibió en herencia con el título real que el gran soberano repartía generosamente entre sus hijos. Habían pasado cuatro años solamente desde que el emirato de Zaragoza se pudo empezar a considerar como verdadero Estado independiente, aunque la caída del califato no hizo más que confirmar la situación de hecho que ya se vivía allí. El tuyibi Yahya b. Mundhir, que tomó el sobrenombre de al-Muzaffar, apareció como un soberano absolutamente independiente, aunque en sus monedas sólo aparece el título y el nombre de *hayib Yahya*. Los sobrenombres Mu'izz al-Dawla y al-Mansur sólo aparecerán en las monedas con al-Mundhir II, sucesor de Yahya, que reinó desde el 1036 al 1038.

A los ojos de un observador político, la comparación entre ambos soberanos y ambos reinos no hubiera sido del todo favorable al primer rey de Aragón y a su pequeño Estado, en vista de que su gran vecino musulmán de Zaragoza le superaba con mucho en riquezas económicas, en dimensión geográfica, en nivel cultural y, aparentemente, en potencia militar. Sin embargo, unos decenios más tarde sería el pequeño reino cristiano de Aragón el que destruiría al de los tuyibies de Zaragoza. La inferioridad político-militar de la España musulmana es difícilmente explicable por una división política que afectaba igualmente a la España cristiana. La riqueza musulmana, reflejada en la abundancia relativa de las monedas de oro que suscitaba la admiración y avidez de los cristianos no fue tampoco una garantía de solidez. El califato se derrumbó como dijimos, en el apogeo de su aparente poder y con una gran acumulación en sus arcas de oro del Sudán que los esfuerzos de los amiríes habían logrado finalmente desviar hacia la Península. A falta de un conocimiento suficiente de las realidades económico-sociales, tenemos la tentación de detenernos en causas más bien políticas e ideológicas. Los habitantes de al-Andalus no pudieron reaccionar ni colectiva ni individualmente, de forma adecuada ante la desorganización del poder. Mientras que los reyes cristianos reinaron sin complejo en sus Estados, el grave problema de la legitimidad no permitió ni a los amiríes ni después de ellos a los

soberanos de las taifas, asentar firmemente su poder sobre un consenso práctico y teórico del cuerpo político-religioso. Fueran cuales fueran los problemas de otra índole subyacentes a estas dificultades políticas vinculadas a los fundamentos mismos del poder en el Islam medieval, hay que colocarlos, en mi opinión, en un lugar importante dentro de la evolución de al-Andalus.

BIBLIOGRAFÍA:

JACKSON, G.: "Introducción a la España medieval". Alianza, Madrid, 1996

WATT, W.: "Historia de la España islámica", Alianza, Madrid, 2001.

TUÑÓN DE LARA, Manuel (dir.) "Historia de España". Labor. Barcelona. 1983, v. 3.

AGUADO BLEYE, P.: Manual de Historia de España. Tomo I y. II. Editorial Espasa Calpe 11ª edición. Madrid. 1971.

DOZY, R.: Historia de los Musulmanes de España. 4 Tomos. Ediciones Turner. Madrid 1984.

MAKARIOU, S.: La Andalucía árabe. Editions Hazan-Institut du monde arabe. Paris. 2000.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, C., La España musulmana según los autores islamitas y cristianos medievales, Barcelona 1946.

TORRES BALBÁS, L., Ciudades hispanomusulmanas, Madrid.